

9 de septiembre de 1936

Beato Ismael Escrihuela Esteve

“El soldadito de Cristo”



Nació en 1902 en Tavernes de Valdigna en familia humilde muy cristiana. Estudió con los Hermanos de la Doctrina Cristiana y ya desde niño acompañaba a su padre en el rezo público nocturno del Rosario por las calles del pueblo.

Comulgaba cada día, y como Adorador Nocturno se trasladaba en bicicleta cada mes a Gandía, y a su término, por la mañanita, emprendía su jornada ordinaria de trabajo. Los domingos impartía

catequesis a los niños.

Reclutó a otros jóvenes para que durante el carnaval y a las horas de los bailes y desenfrenos hicieran vela ante el Santísimo como desagravio. Llevaba en la solapa un pequeño Crucifijo, por lo que era objeto de burlas y chacotas, llamándole “el soldadito de Cristo”.

Casó con Josefa Grau y tuvo tres hijos: Ismael, Josefa y José.

Le detuvieron el 21 de julio y le tuvieron preso en el calabozo del Ayuntamiento del pueblo. Para intentar corromperle le mostraron unas fotos obscenas, pero sin mirarlas las rasgó ante todos.

Estando detenido en Tavernes, contó a su compañero de prisión P. Ramón Cuñat, O.M.C. la amenaza de que fue objeto durante una discusión habida con un librepensador de la localidad, y por consejo del religioso, escribió lo siguiente:

«Allá por los años 1931, cuando se proclamó la República en España, se entabló una lucha campal contra la Iglesia y los suyos. Yo, que aún viendo esos peligros nunca he dejado de profesar a Cristo públicamente, sostuve muchos combates con los anticatólicos, cosa que les causaba mucha rabia, porque, a pesar de tener ellos más letra, no podían nunca salir con la suya. Ello motivó que, en sus rabias diabólicas, amenazaran con matarme, si les hacía la oposición cuando hablaban mal de la Iglesia y de sus Ministros. Yo nunca hice el menor caso de tales amenazas, porque sabía que no podrían hacer nada contra mí, sino lo que Dios permitiese.

Día por día iba pasando sin que Dios les concediera acometerme, hasta que vino la calma.

Vino otro arranque de satanás por el año 1935 al 1936 y comenzó de nuevo la batalla.

Cierto día discutí con uno que ahora es Concejal y quería que por fuerza dejase de nombrar delante de él el Santo Nombre de Cristo, a lo que le contesté que no lo lograría en su vida.

Ya en 1936, enfurecidos por demás, me prometieron que, aunque reconocían que nada tenía yo de malo, en cuanto ganaran las elecciones, sería ajusticiado como los curas y los frailes.

Tabernes de Valldigna, a 7 de agosto de 1936. Firmado: Ismael Escrihuela Esteve. Rubricado».

El escrito de su puño y letras, aquí reproducido, se conserva como prueba de que su muerte no fue ocasionada por enconos políticos sino por su catolicismo.

Fue trasladado al Penal de San Miguel de los Reyes en Valencia, donde con el P. José Ramón, organizó unas procesiones clandestinas con el Santísimo.

Su esposa procuraba visitarlo superando mil dificultades, y al despedirse de ella por última vez, le dijo: “No padezcas más, en la Gloria nos veremos”.

El 8 de septiembre de 1936 le sacaron del Penal de San Miguel de los Reyes junto a 8 presos más, y por orden escrita del Comité Ejecutivo de Salud Pública fue entregado a un agente especial. El día 9 fue visto su cadáver con los de 8 más en el Picadero de Paterna.

Fue beatificado por Juan Pablo II en Roma el 11 de marzo de 2001.

2.753 víctimas, de entre ellas centenares de mártires, fueron asesinadas en la tapia del Picadero de Paterna

En el Almanaque de *Las Provincias* de Valencia de 1940, apareció un artículo de Vicente Cardona sobre los asesinatos de El Picadero de Paterna en 1936, del que extractamos los datos siguientes:



En los primeros días de agosto de 1936 comenzaron a verse en las carreteras que conducen a Paterna, a una veintena de Km. De Valencia, los primeros cadáveres. Primero, siete. Al día siguiente, doce. Más tarde, quince, y veinte y treinta. Y así progresivamente

Exterior de la tapia del Picadero del Cuartel de Paterna, lugar de miles de ejecuciones.

Con camiones eran llevadas decenas y decenas de personas que eran lanzadas rudamente al suelo y cazadas a tiros junto a las Galerías de Tiro y el “Terror”.

Cuando esto no ofrecía las debidas garantías de seguridad, por tratarse de campos abiertos de donde los presos intentaban escapar, se pensó en el Picadero, local cerrado por tapias, dominado desde los alrededores del Cuartel, con el que sólo le separaban escasos metros de distancia, situado en la parte derecha de la carretera de Valencia a Paterna, en una pequeña hondonada, lo que permitía presenciar tan execrable espectáculo. ¡Picadero! Matadero llamaban todos.

Los días en que se anunciaba de antemano la hora de llegada de camiones con “*fascistas para despachar*”, acudía numeroso público a presenciar el espectáculo. Había quien se llevaba la comida o la cena envuelta, con el fin de no abandonar el buen sitio cogido. Cuando se percibía cercano el motor de los coches, un murmullo brotaba del gentío -*Ya están ahí*. Se acercaba el camión —o los camiones— hasta la puerta del Picadero, y hacían saltar a los sentenciados. Los que iban a morir, entraban lentamente. Algunos, débiles en extremo, extenuados por un trato brutal, apenas tenían fuerzas para andar.



Martires Carmelitas de la Caridad asesinadas en el Picadero de Paterna

En el fondo del recinto se colocaban los ejecutores, cubiertos con capuchas para no ser reconocidos, sosteniendo en sus manos fusiles ametralladores, que, a una orden, disparaban sus ráfagas que hacían caer abatidas a las filas de víctimas. Día de veinte muertos, era día anormal, por ser pocos. La cifra llegó a cien, doscientos y hasta a trescientos diarios. A partir de enero de 1937 y por imposición de los alumnos de la Escuela Popular de guerra de Paterna, el número se fue reduciendo y los asesinatos iban precedidos de una falsa aureola de legalidad para anular su conciencia. (publicado por J. M. MORA)

